

## DISERTACION NECROLOGICA

POR FAUSTINO GUTIÉRREZ-ALVIZ Y ARMARIO

En pocos días tres ilustres miembros de esta Corporación han muerto. No sería preciso pronunciar sus nombres, ni enumerar ante vosotros sus merecimientos; todos los tenemos presentes. Acabamos de rogar a Dios por el eterno descanso de sus almas. También conocemos sus altísimos merecimientos.

Y, no obstante, como Director de esta Real Academia y el último de sus miembros, quiero evocar su recuerdo porque cada uno de ellos es merecedor de que su nombre figure en forma imborrable en los anales de esta Ilustre Corporación.

En el orden del tiempo fue don Juan Zaragüeta y Bengoechea quien alcanzó una mayor edad. Nacido en 1883, pasará a la historia como sacerdote, filósofo y profesor de raros merecimientos. Doctor en filosofía y teología, habiendo obtenido el primero de dichos grados en Lovaina. Discípulo esclarecido del célebre Cardenal Mercier, alcanzó la Cátedra en la Facultad de Filosofía y Letra de la Universidad Complutense y junto con su labor profesional el elenco de sus obras le colocan entre sus más esclarecidos filósofos.

Como sacerdote también ejerció funciones docentes en el Seminario de la Diócesis madrileña.

Me falta competencia para ponderar sus aportaciones en el terreno filosófico en el que quedó en todo momento presente las tendencias lovanienses que le configuraron en su ju-

ventud. «Ciencia y cultura», «La función del simbolismo», «El concepto católico de la vida según el Cardenal Mercier», «La intuición en la filosofía de Henri Bergson», «La Filosofía de Jaime Balmes», «La crisis del régimen constitucional», «Filosofía y vida», y tantas otras, son obras en las que su sólido pensamiento alumbró los más intrincados problemas de la filosofía y sociología contemporánea.

Jubilado en 1953, prosigue su labor, que se irradia en el campo periodístico y en la tribuna, donde su oratoria fácil y su dicción sencilla y amena cautivan auditorios especializados y profanos.

Todos recordamos a don Juan Zaragüeta, grande física y espiritualmente, como ejemplo de intelectual, de sacerdote y de filósofo. El hombre bueno que hermanaba su sencillez sacerdotal con su rango académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas; su hábito talar con sus variadas condecoraciones.

\* \* \*

Juan Ignacio Luca de Tena, segundo Marqués de Luca de Tena, no fue Académico numerario de nuestra Corporación por razones meramente reglamentarias, que no por títulos para ello ni por falta de vinculación a Sevilla y a sus cosas.

Correspondió a la capital de la nación, donde nació y trabajó denodadamente, el verlo investido como tal al ocupar un sillón en la Real Española.

No obstante, como Académico correspondiente de la Real Sevillana ocupó siempre lugar destacado en su Diputación en la Villa y Corte.

Enumerar los merecimientos de Juan Ignacio Luca de Tena, de Juan Ignacio, simplemente, como muchos le denominaban, sería labor fácil por conocida. Los atesoró en los órdenes más diversos: del periodismo a la política. De su amor a Sevilla y a nuestras cosas todos tenemos gratisimos recuerdos.

Tal vez en esta evocación académica correspondería en su homenaje enumerar sus escritos, sus obras, ensalzar sus dotes

literarias; pero, también sería pueril, aunque hablase a quienes menos que vosotros le conociesen.

Posiblemente su quehacer político y su protagonismo periodístico velaron en la retina de los críticos algunos de los muchos valores de su producción literaria, de su obra teatral, en la que de un modo más notorio plasmó su vocación en el cultivo de las Buenas Letras.

La contextura y el carácter de las mismas se corresponden con la vida personal del escritor extinto en múltiples ocasiones.

El autor, introducido desde joven en el trato de la más selecta sociedad, compaginó su problemática con la de los demás estamentos sociales y desde lo popular hasta lo mayestático es reconstruido en el crisol de su ingenio.

La aparición de sus obras, cuyos títulos tenéis presentes, en muchas oportunidades, no responden a una mera peripecia literaria, sino que vienen a cristalizar en la escena una sacudida social o política.

Con ocasión de su muerte, en la Prensa nacional toda y en el «A B C», en el que su impronta supo dinásticamente continuar la trayectoria de su fundador, se han estudiado por plumas autorizadas los distintos aspectos de su obra. Por eso yo sólo podría aquí decir de Juan Ignacio Luca de Tena lo que en tiempo se escribió respecto de otro insigne político y académico español con ocasión de su óbito. Igualó con la vida al pensamiento, se mantuvo fiel al suyo en todo instante, por sobre los desfallecimientos propios y las contemplaciones ajenas, en ocasiones a prueba de injusticias, ingratitudes, deslealtades y traiciones, a prueba también de lisonjas, honores y ascensos.

Hizo suya la sabia máxima del poeta clásico:

«Iguala con la vida al pensamiento  
y no lo pasarás de hoy a mañana  
ni quizás de un momento a otro momento.»

Cuando en estos últimos tiempos los achaques corporales limitaban su actividad político-periodística, no obstante, su espíritu se manifiesta en su obra más querida, en su periódico

y a través de sus fieles colaboradores continuaba la labor que un día amorosamente le fue entregada.

He oído, comentado por alguno de ellos, cómo la dolencia corporal no hizo desmayar su vocación, ni rindió su voluntad, encontrándosele siempre atento a los problemas de España y de Europa, no sólo como observador interesado, sino cual anhelante buscador de soluciones reales.

Este ilustre sevillano de adopción a quien recordamos amó a Sevilla y sirvió a su Real Academia de Buenas Letras desde su Diputación madrileña, con amores de ilusión y con fidelidad de hidalgo.

\* \* \*

De Florentino Pérez-Embido quisiera decir sólo una palabra. Aquello que en nuestro idioma mejor pudiera expresar el sentimiento de gratitud y reconocimiento y, al propio tiempo, armonice en la significación del vocablo la admiración por una obra realizada con amor y desvelo y la ejemplaridad de una conducta.

Y porque no hallo la palabra, pese a la riqueza de nuestro idioma, tal vez por la pobreza de mi vocabulario, tendré que abocetar unas ideas que le evoquen en esta sesión y sirvan de expresión de nuestro común sentir.

No penséis que trato de rendir un homenaje a un amigo fallecido, a un sevillano desaparecido. Los homenajes, en ocasiones, tras la muerte del homenajeado, o son tardíos homenajes o son más bien actos de desagravio por lo que no se supone o quiso hacer en vida de quien lo merecía.

Aún no se ha cumplido un año desde que vino a ocupar un puesto en nuestra Academia. A esta Academia a quien tanto ya había servido con anterioridad a su ingreso. Vino a ocupar un puesto con merecimientos más que sobrados. Quien hizo tanto, en tan poco tiempo, por el lustre y rango de nuestra Institución, nos ha dejado cuando también tanto esperábamos de su colaboración.

La muy culta palabra de nuestro compañero el Profesor García Díaz, en el discurso de contestación al de ingreso de

nuestro llorado Florentino, proyectaba su figura sobre el cielo luminoso de la Sevilla, su bien amada. Todavía parece que resuenan en estos ámbitos las gratitudes por su obra bien hecha y los augurios por futuros quehaceres.

Dios, en su infinita misericordia, escribe en el libro de la historia con líneas que los mortales en ocasiones no sabemos descifrar. Cómo íbamos a recelar entonces que, cuando nos despedimos con felicitaciones cordiales, tras celebrar en una tarde sevillana su ingreso como académico numerario, nos despedíamos del compañero, apenas posesionado del sillón.

Aunque conocía a Florentino desde los años universitarios y en forma paralela hicimos realidad nuestras vocaciones universitarias, no es ésta ocasión para traer recuerdos del pasado ni para mostrar su decidida y feliz dedicación histórico-universitaria a la que siempre guardó fidelidad ejemplar. Calderón Quijano y Hernández Díaz, aquél en emotivo artículo y éste en conmemoración académica, han puesto de manifiesto los quilates de su talante universitario. Relatar sus méritos docentes, las publicaciones en su especialidad, su pasión por la historia y por el magisterio ante las jóvenes generaciones nos llevaría sobradamente lejos y una síntesis de tan ejemplar labor agotaría vuestra paciencia.

En el curso de sus días otros caminos cruzaron su vía natural y predilecta. El servicio del bien público engendró en él una seria y decisiva vocación política.

Alguien ha ponderado el impacto que la obra de Florentino ha representado en una ideología cultural y política, con la que se podrá estar conforme o disconforme, pero no podrá ser olvidada cuando se haga el estudio serio de estos últimos tiempos. Ello tal vez determinó la que me atrevería a denominar tragedia o angustia de nuestro desaparecido compañero. El amor a su tierra de origen y a su Sevilla de los años juveniles y universitarios, lo quiso compatibilizar con otros ambientes. Con el hervidero y lonja de cosas a veces para él extraña que representa la capital de la vida oficial del Estado, de la que procuraba evadirse como si físicamente precisare del aire y del clima de estas tierras. Ciertamente se complicó

la vida por razón de nobles ideales, cuando su ilusión le llevaba a la vida sencilla de las tierras de su Andalucía.

Por eso yo preferiría recordarle esta tarde, más que como académico que honró a la Academia aún antes de serlo, caso singular en la historia de nuestra Institución; preferiría recordarle —repito— sirviendo a Sevilla desde Madrid. Mucho hizo Florentino Pérez-Embido por las Bellas Artes en general, pero, ¡cuánto hizo por las de Sevilla y por Sevilla!

Y lo hizo sin buscar el aplauso de la multitud y declinando en ocasiones el reconocimiento oficial pocas veces tan merecido.

Por ello nos cumple a nosotros, que tuvimos la fortuna de conocerle de cerca y saber los valores de su excepcional merecimiento, dar testimonio de la admiración que le es debida como puente hacia las futuras generaciones.

Yo me permitiría proponer en su recuerdo, abandonando formas rituarías de solemnidades trasnochadas que en vida de nuestro amigo le hubieran movido a socarrona sonrisa, acordar que para el día en que esta Academia pueda ser trasladada a la casa de los Pinelos, con la dignidad y nobleza que él quiso para los académicos sevillanos, se haga figurar en lugar de honor una lápida que perpetúe su nombre como autor de la idea y del proyecto de instalación que hoy permanece como sinfonía inconclusa en espera de una terminación amorosa. Y al propio tiempo y para el presente curso instituir con el nombre de Florentino Pérez-Embido un premio para una tesis o tesis doctoral que de algún modo haya tenido por tema algún aspecto que haga referencia a las Buenas Letras en general o a la historia de Sevilla o de la región andaluza.

Y creo, señores académicos, que tras estas palabras de evocación a nuestros tres compañeros procede levantar la sesión.